

## LIBRO XII.

Plan de guerra de Napoleon III.—Campana de otoño.

Hemos visto la situacion en que se hallaban las potencias aliadas en virtud de la crisis alimenticia y del incendio de Sebastopol, pero ni habia medio para combatir la primera ni para utilizar el segundo.

Suponia el *Monitor* que comprando en los paises extranjeros los siete millones de hectólitros á que ascendia el déficit de la última cosecha podia introducirse de nuevo la abundancia en los mercados franceses, y que por consiguiente los precios recobrarian su curso natural; mas aun prescindiendo de la dificultad de hallar una cantidad tan exorbitante de cereales en el extranjero, era un error muy craso suponer que con semejante medida quedase remediado el mal, como vamos á ver.

En primer lugar la esperiencia ha demostrado que ni los gobiernos ni los particulares pueden conocer exactamente el producto total de una cosecha, particularmente en una nacion de primer orden, pues así como los productores están interesados en ocultar las cantidades recogidas, tambien lo están los consumidores en exagerarlas, y la misma divergencia existe entre los especuladores que venden y los que compran. En los paises menos estensos que Francia, como Inglaterra y Bélgica, nunca ha podido averiguarse con alguna exactitud el importe de la produccion, apesar de las comunicaciones que poseen, pues ademas de los intereses particulares y generalmente contrapuestos que defraudan las investigaciones mas minuciosas, el resultado de las cosechas varia al infinito en un mismo pais, en un mismo departamento y aun en un mismo distrito, porque este resultado depende de la situacion topográfica, de las condiciones del clima y de la actividad ó talento de los cultivadores; mas aun suponiendo que pudiera saberse la suma de las gavillas, no es probable que llegue nunca á averiguarse el resultado de la trilla, y mucho menos el peso y la calidad de los granos. Esta verdad es tan inconcusa, como que precisamente la falta de datos exactos en los años de carestía es lo que provoca el alza de los precios, porque el misterioso influjo de lo desconocido exalta las imaginaciones, esparce el terror entre las clases menesterosas y produce la resistencia que oponen los productores á la venta de los granos, y por esto decia con mucho acierto un famoso especulador inglés, que en dos años abundantes basta con una cosecha para subvenir á las necesidades del consumo en la Gran Bretaña, pero que en los años de carestía se requieren dos cosechas, á saber, una para el consumo y otra para la especulacion.

En segundo lugar tampoco era posible comprar siete millones de hectólitros de trigo en el extranjero sin producir en los precios una alza de mucha cuenta, porque quedando cerrados los puertos rusos del mar Negro, que eran la verdadera fuente de la abundancia, habiendo sido igualmente muy mala la cosecha de la mayor parte de Italia y de Alemania, y estando prohibi-

1855

da la esportacion en Bélgica y en Nápoles, no quedaba otro recurso que apelar á los puertos del Danubio, al Egipto y á los Estados Unidos, donde debia sostenerse una concurrencia formidable con los ingleses, y la medida que proponia el *Monitor* era por consiguiente muy desacertada, porque todas estas circunstancias debian encarecer los cereales en el extranjero y de rechazo en Francia, que es lo que efectivamente sucedió. Diráse tal vez que las naciones occidentales podrian habituarse á prescindir de los productos rusos, mas con este resultado no quedaba resuelto el problema, porque ni es cierto que el occidente pueda prescindir de los trigos rusos, como tampoco pudo jamás la antigua Roma pasar por alto las cosechas de Egipto y de Sicilia, ni podia obtenerse por su medio una baratura regular en el mercado, pudiendo por tanto decirse que los gabinetes de Paris y de Londres se veian forzados á escoger entre la paz inmediata con las subsistencias á precios módicos, ó una guerra de dudoso éxito con la carestía permanente.

Cuando el conde de Narbona entumbraba á Napoleon el Grande en 1814, los peligros de la guerra que el belicoso monarca queria llevar al interior de Rusia, el emperador le respondió: «Los rusos son un pueblo primitivo; la pérdida de su ciudad santa los llenará de espanto, y el emperador Alejandro pedirá inmediatamente la paz.» Inútil fuera manifestar el vicio de que adolecia el argumento del nuevo César, porque los resultados de la campana de 1812 son muy notorios; mas para evitar la falta que habian cometido Carlos XII de Suecia y Napoleon I, el actual emperador de los franceses habia incurrido en el error opuesto, porque por el hecho de llevar la guerra á las estremidades de Rusia no podia menoscabarse en manera alguna la circulacion interior de aquel dilatado imperio. Los efectos del error de las potencias aliadas eran irrecusables: el papel moneda conservaba en Rusia su valor íntegro, como dijimos; el 5 p. c. ruso se cotizaba en Londres á la par, al paso que el 5 p. c. sardo podia obtenerse á 85, pudiendo por consiguiente decirse que el bloqueo marítimo irrogaba á Rusia unos perjuicios tan insignificantes como los que habia causado á la Gran Bretaña el bloqueo continental.

Este resultado contradice enteramente la opinion de los que por falta de mejores razones suponian que las potencias occidentales habian conseguido el objeto de la guerra con el incendio de Sebastopol. La destruccion de esta plaza no era suficiente, segun hemos demostrado con la mayor evidencia, para poner á Rusia en la necesidad de pedir la paz, y por consiguiente era necesario conseguir nuevos triunfos ó suspender las operaciones comunicando al bloqueo de los puertos un carácter permanente, mas en el primer caso los ejércitos aliados se esponian á una muerte casi cierta en el interior del imperio moscovita, y en el segundo caso multiplicaban los desastrosos efectos de la carestía hasta un extremo que podia poner en sumo riesgo el trono de Napoleon III y el orden europeo, quedando siempre la ventaja en favor de Rusia. Los que verian que la pérdida de Sebastopol era un golpe decisivo para obligar al gabinete de San Petersburgo á pedir la paz, cometian en nuestro humilde concepto dos errores á cual mas notable, pues sobre fundarse en una idea enteramente falsa del genio ruso, debian reconocer como una consecuencia legitima que basta con arruinar una plaza para agotar los recursos de una potencia de primer orden, mas ¿quién se atreverá á sostener que bastaria con destruir á Tolon para vencer la resistencia de la Francia entera? Despues de los fáciles triunfos del capitán Lyons en el mar de Azóf, un periódico inglés se atrevió á predicar una guerra á muerte echando al rostro del patriotismo ruso el *ve victis* de Breno; pero cuando el jefe galo amenazaba con aquellas palabras á los romanos, estaba á las puertas de Roma, y es seguro que las potencias occidentales ni se hallaban tan cerca de San Petersburgo ni se envanecian mucho de haber hecho los mas desesperados esfuerzos para conseguir un triunfo tan estéril y aun peligroso.

Lo repetimos: Rusia era invencible mientras la confederacion germánica se abstuviese de secundar con todas sus fuerzas á las potencias aliadas, pues si no obstante la conducta al parecer vacilante con que el gabinete austriaco obligaba á los rusos á sostener la flor de sus tropas en las fronteras alemanas, si apesar de los errores cometidos por los generales del czar en las batallas de Elma, de Inkerman, del cerro Verde y del Tchernaya, y por último si apesar del triunfo de 8 de setiembre los aliados se vieron en la imposibilidad moral y material de alejarse de las escuadras hasta cinco leguas de distancia ¿qué hubiera sido de las armas de alianza si el gobierno de San Petersburgo hubiese podido prescindir de la diplomacia austriaca y arrojar sus ejércitos á las costas del mar Negro? ¿qué suerte hubieran experimentado las tropas anglo-sardo-turco-francesas si la batalla de Inkerman ó la del Tchernaya hubieran sido lo que debian ser? ¿cuál hubiera sido el porvenir de la expedicion de Crimea en el interior de una península que oponia á la invasion unos obstáculos infinitamente mayores que los de la meseta de Sebastopol? El hecho de suponer que con la destruccion de la escuadra rusa del mar Negro quedaba conseguido el objeto de la guerra era acaso muy bueno para alucinar al vulgo ó para satisfacer las torpes preocupaciones de la ignorancia, pero por ningun concepto debian apelar á un medio tan vergonzoso los publicistas que se jactan de cierta superioridad ó que se arrojan el derecho de dirigir el buen sentido de la muchedumbre.

Sin embargo si la expedicion de Crimea fué en nuestro concepto una verdadera aventura, como dice tambien el autor de la memoria de que hemos hecho mérito en el libro anterior, se preguntará tal vez cuáles son las causas que han permitido á los aliados permanecer en la península táurica y aun alcanzar una apariencia de triunfo que muchos consideraban imposible; pero la respuesta es tan sencilla, como que no ha podido sustraerse á ningun publicista instruido é independiente. Dos son las verdaderas razones que indujeron al gabinete de San Petersburgo á sostener en Crimea una resistencia ineficaz para arrojar al mar á los invasores; la primera se funda, como llevamos indicado, en la conducta ambigua del Austria, y la segunda en la falta de comunicaciones interiores, pues si los rusos no se hubiesen visto envueltos en los inminentes peligros que les acarrea la defensa de sus dilatadas fronteras, ó si por lo menos hubiese existido un camino de hierro de Moscú á Perecop, las tropas aliadas no hubieran permanecido en Crimea una sola noche, y el estandarte de la guerra hubiera desaparecido en breves dias; así debemos dar por sentado que los verdaderos vencedores de Malakoff no fueron los generales de la alianza anglo-francesa, sino los directores de la diplomacia austriaca.

Estos dos obstáculos que hacian punto menos que imposible la victoria en favor de Rusia desaparecian en gran parte por el incendio de Sebastopol, porque las dificultades topográficas y geográficas de la península táurica oponian á los aliados unas dificultades de tanta cuenta como las que causaba al ejército ruso la falta de un camino de hierro que facilitara la rapidez de sus trasportes. La campaña de otoño fué la demostracion mas cumplida de este aserto, como vamos á ver.

En 11 de setiembre los aliados rompieron un fuego violento de artilleria contra los nueve vapores que el príncipe Gorstchakoff habia dejado intactos (1); pero deseando prevenir el incendio de aquellos buques, el mismo general mandó desembarcar la artilleria que tenian á bordo y echarlos á pique. El mismo dia la ciudad de Sebastopol, como dijimos, continuaba ardiendo; las esplosiones se iban sucediendo todavia en todos los atrincheramientos y baterías, y los genera-

(1) Pág. 371.

les aliados, conociendo la imposibilidad absoluta de establecer en aquellos escombros el asiento regular de sus operaciones futuras, acordaron completar la destruccion incendiando los edificios que se habian sustraído á la voracidad de las llamas, y minando los sólidos y suntuosos diques de la dársena, cuya pérdida lamentaba el mismo *Times* en los siguientes términos: «Nuestros zapadores-minadores hacen preparativos para destruir por medio de la mina las obras de los magníficos diques que han costado tanto dinero para construirlos y tanta sangre para defenderlos. Seria ciertamente muy sensible la destruccion de unas obras tan admirables sino se considerase que Rusia no se servia de ellas para el comercio, sino para poner á cubierto las fuerzas marítimas que amenazaban la tranquilidad de Europa.» Los gobiernos occidentales se abstuvieron de dar publicidad á la orden que imponia á los generales la obligacion de destruir aquellos diques, porque una orden de esta naturaleza no hacia mucho favor á la civilizacion de que tanto se blasonaba en occidente, mas para que nuestros lectores se hagan cargo de la importancia de aquellas obras admirables vamos á continuar la descripcion que hace el príncipe Demitkoff de los planes que se habian concebido en 1837 para construirlos, y que pocos años despues quedaban enteramente realizados.

«Grande fué nuestra admiracion al contemplar la bahía de los navíos y el espectáculo poco comun de grandes naves de tres puentes que comunicaron con la tierra firme por medio de una palanca echada sobre la piedra, pero nuestra admiracion subió de punto al observar la bahía del Carenero. El puerto de Sebastopol, atendida su importancia y las excelentes calidades de su situacion, necesitaba diques y formas de recorrida, pero todo lo ha remediado Mr. Hupton (el ingeniero director de las obras del puerto de Sebastopol) abriendo una espaciosa dársena á breve distancia del mar y en nivel algo mas elevado. En esta dársena hay cinco diques, á saber, tres para los navíos, y dos para las fragatas, y aunque el medio de secar estos diques en un mar donde el flujo y reflujo son apenas sensibles era un problema sumamente difícil de resolver, se ha concluido por adoptar el método siguiente. Los ingenieros querian dominar el riachuelo denominado *Tchernaya-Retchka* (arroyo negro) y abundante en agua, que corre en el fondo del espacioso valle que forma la rada y á unas diez y ocho verstas de distancia por un plano de regular altura, y á trueque de conseguirlo le han abierto un nuevo cauce en la peña viva, que en algunos puntos está encajonado por un tunel, y en otros puntos se halla sostenido por un acueducto, para que pueda alimentar los diques. El agua de dicho rio se despeña desde una altura estraordinaria, y en consecuencia no será difícil dirigir por medio de presas bien combinadas á la hermosa dársena, que cuenta trescientos piés de largo por cuatrocientos de ancho y que vimos cubrir de mamposteria, un navío de ciento y veinte cañones, dos de ochenta y dos fragatas de sesenta, para colocarlos en los magníficos diques, y dejarlos en seco ó ponerlos á flote, segun se quiera. Lo que mas nos admiraba era la facilidad con que los soldados terraplenaban tan pronto como se convertian en carpinteros, cerrajeros ó albañiles desempeñando perfectamente las tareas mas diversas. Mr. Hupton es de origen inglés, y por consiguiente está muy habituado á ver en su patria los milagros de la industria, mas apesar de esta circunstancia se dejaba llevar de una admiracion siempre creciente al ver la disposicion del pueblo ruso para cualquier arte ú oficio. Sobre ser un artesano ingenioso, el soldado ruso es un operario dócil por carácter, respetuoso sin hajeza, diestro y activo sin la menor jactancia. Los astilleros de construccion de la armada imperial están en Nicolaiéff, que es un punto muy favorable no solamente por su situacion, sino tambien porque en él se reciben las maderas procedentes del centro de Rusia, y así es que en Sebastopol no faltaban sino los diques, pero las obras que en

la actualidad se están haciendo llenarán este vacío.

»Hemos desembarcado á la derecha debajo de los árboles, y hemos determinado encaramarnos á la roca vecina, donde se ha abierto un nuevo cauce para dirigir el arroyo á los diques. Facilitaron nuestra subida los cómodos peldaños abiertos en la peña, trabajo que se inauguró el mismo día que visitó el valle de Inkerman el ilustre extranjero mariscal Marmout, y al llegar á las orillas del canal hallamos en breve el atrevido túnel que se lanza bajo una formidable mole de peñascos. Este túnel, que ha costado quince meses de trabajo, tiene ciento y treinta metros de largo; la altura de su bóveda cuenta diez piés franceses, y en el lado izquierdo se ha construido una acera para el paso de las personas. Los trabajos se empezaron simultáneamente en las dos estremidades, y por esto los operarios se hallaron en medio sin desviacion notable. En la orilla de aquel hermoso canal de diez y ocho verstas de largo hay once pabellones octágonos, que forman otras tantas casetas para los guardas, y á breve distancia hay una espaciosa gruta en donde penetramos y en la cual establecieron antiguamente su morada algunos religiosos para sustraerse á la persecucion.

»Situada Sebastopol en un peñasco calizo, abunda en excelentes materiales de construccion, aunque las piedras, naturalmente porosas, necesitan un reyoque para que los edificios ofrezcan exteriormente el apetecible aspecto de limpieza. Los productos de que se hace uso para la construccion de la dársena proceden de mucha distancia, lo cual aumenta todavía mas el coste de aquellas obras imperecederas. Este coste asciende ya actualmente á cinco millones de rublos, que al parecer forman la tercera parte del coste total (1).»

Los trabajos que estaban verificando los rusos en la parte septentrional de Sebastopol indicaban á los aliados el poco fundamento de la opinion que los suponía dispuestos á retirarse. En frente del fuerte Nicolás habia un almacén inmenso de donde los rusos sacaban continuamente provisiones de guerra para conducir las á las alturas del Belbeck, en tanto que recibian provisiones de boca procedentes del interior de la península en una serie interminable de carros ó furgones militares, á cuya vista los oficiales ingleses y franceses se burlaban de los periódicos occidentales en donde se decía que el ejército ruso carecia de recursos. Tambien tenian los rusos en la playa una cantidad prodigiosa de carbon, amontonada en forma de pirámides de la altura de un hombre y entrecortada de corredores y pasadizos, por donde circulaban los soldados; á breve distancia y á la izquierda se veía un reducido arsenal ó parque de artillería, que en concepto de los aliados contenia unos mil cañones, y por último además de los grandes convoyes que estaban llegando continuamente á los fuertes septentrionales de la rada, se descubria un prodigioso número de trasportes aislados que circulaban de día y de noche desde los mismos fuertes hasta la granja de Mackenzie por diferentes senderos y á través de los arbolados valles que comunicaban con los campamentos establecidos en las cercanías y situados entre Inkerman y el Belbeck. Los generales aliados comprendieron á los pocos días el plan que habia concebido el enemigo para defenderse en Crimea á todo trance, y en consecuencia procuraron escogitar el medio de arrojarle de la península, fundándose en un proyecto que Napoleon III se habia propuesto realizar personalmente. Hemos visto los muchos desaciertos que habia cometido el emperador de los franceses al imaginar la expedicion de Crimea; y aunque por aquel cúmulo de errores de todo punto inexcusables se demuestra con la mayor evidencia que el sobrino de Napoleon el Grande no ha nacido para mandar ejércitos, creemos que no anduvo mas acertado en el nuevo

(1) Viaje á la Rusia meridional y la Crimea.

plan de campaña, sin embargo de los numerosos desastres con que le habia aleccionado y continuaba aleccionándole el sitio de Sebastopol. Este plan de campaña, que hemos tomado de la *Historia de la expedicion de Crimea*, compuesta espresamente por encargo del mismo Napoleon III, estaba concebido en los siguientes términos:

«28 de abril de 1855.—Sea que en esta fecha haya surtido un resultado completo ó que no haya surtido ninguno el fuego que se ha roto contra la plaza, es absolutamente necesario salir de la situacion defensiva en que hace seis meses que se halla colocado el ejército. En consecuencia yo, de acuerdo con el gobierno inglés, hubiera dividido el ejército en tres cuerpos, á saber: uno de sitio, y dos de operaciones.

»El primer cuerpo se hubiera destinado para guarnecer á Kamiesch y bloquear á Sebastopol.

»El segundo cuerpo hubiera militado á breve distancia de Balaklava para apoderarse, en caso necesario, de las eminencias de Mackenzie.

»El tercer cuerpo hubiera tenido por objeto divertir al enemigo.

»La organizacion de los dos cuerpos de operaciones debia ser como sigue:

»General en jefe: El general Certain Canrobert.

*Primer cuerpo de ejército.*

»Consta de 4 divisiones de infantería y 1 de caballería ligera.

»Jefe: el general Bosquet.

*Segundo cuerpo de ejército.*

»Consta de 2 divisiones de infantería, 1 de la guardia y 1 de caballería.

»Jefe: el general Regnault de Saint-Jean-d'Angely.

*Cuerpo de sitio.*

»Jefe: el general Pélissier.

»Segun mis datos, los rusos tienen treinta y cinco mil hombres en Sebastopol, quince mil en la parte septentrional de Eupatoria, y setenta mil entre Sinferopol, el Belbeck y el Tchernaya, pero si se atacara á cada una de estas divisiones antes que tuvieran tiempo de reunirse, bastaria en mi concepto con sesenta mil soldados escogidos para destruir todo el ejército ruso. Suponiendo sin embargo que las divisiones rusas tuvieran tiempo de reunirse, el número de nuestras tropas hubiera debido ser casi igual al suyo, pues no debe olvidarse nunca aquella importante máxima que prescribe que para hacer una diversion á cierta distancia de la base de operaciones es necesario que el número de soldados empleados en la misma sea suficiente para resistir á todo el ejército que el enemigo pueda oponerle.

»Tomando en cuenta esta máxima, yo hubiera llevado al valle de Baidar los cuarenta mil hombres sacados del ejército de Sebastopol para ocupar con el concurso de lord Raglan los cuatro caminos que cruzan el Tchernaya desde Shelia hasta el puente de Teule y de Tchorgun, y por consiguiente disponer de cuatro cabezas de puente que podian considerarse como una amenaza permanente contra los rusos apostados en las eminencias de Mackenzie.

»Después de haber verificado este movimiento, hubiera dejado á lord Raglan en posesion de todos los puntos de la izquierda del Tchernaya, desde Skelia hasta Tchorgun, y reuniendo los